

MIGUEL ARANGUREN

LA SANGRE DEL PELÍCANO

LIBROSLIBRES

LIBROSLIBRES

Santa Engracia, 18, 1.º Izda.
28010 Madrid (España)
Tlf.: 34-91 594 09 22
Fax: 34-91 594 36 44
correo@libroslibres.info
www.libroslibres.info

© 2007, Miguel Aranguren

© 2007, **LIBROSLIBRES**

Diseño de cubierta: OPALWORKS

Primera edición: septiembre de 2007

Depósito Legal: S.1259-2007

ISBN: 978-84-96088-64-1

Impresión: Gráficas Varona, S. A.

Impreso en España — Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

INTRODUCCIÓN

—¡Maldita sea! —exclamó Albertino Guiotta mientras giraba el volante hacia la derecha—. En esta ciudad no es posible aparcar, ni siquiera los domingos.

Se conformó con un pequeño hueco entre dos contenedores de basura en la trasera de uno de los *palazzi* de la via di Villa Giulia. Pisó el embrague, hundió la palanca de cambio, tiró de ella hacia atrás y dio un profundo acelerón que hizo retroceder el automóvil al tiempo que lanzaba una nube de humo negro. Manióbró un par de veces más hasta que consiguió introducir la parte de atrás del Fiat Cinquecento entre los cajones metálicos. El resto del coche quedó atravesado en la callejuela. Una señal de prohibido aparcar destacaba bajo la inmensa pared pintada de siena, el color de Roma.

Para salir del utilitario precisó saltar al asiento del copiloto. Antes de abrir la portezuela de una patada (hacía tiempo que tenía roto el cierre), echó una rápida mirada al anónimo. Un escalofrío le recorrió el cuerpo ante la posibilidad de que aquella advertencia fuese cierta.

Cerró de un portazo y se volvió para girar la llave. Entonces sintió que, durante un instante, todo se oscurecía a su alrededor. Pero no se trataba de las sombras que provocan unas nubes pasajeras, ni siquiera de las tinieblas azuladas de un eclipse solar, sino de una tiniebla que también se apoderó de su interior, congelando sus órganos vitales durante unos segundos.

Necesitó apoyarse en el Cinquecento hasta que regresó a sus ojos todo el fulgor de aquella mañana de primavera.

—Él ha vuelto —pronunció con un temblor en los labios.

Miró a su alrededor, a las paredes sucias del *palazzi*, al follaje del parque, al cielo purísimo que en aquel momento surcaba un bando de palomas urbanas. Se persuadió de que era la única persona en Roma a la que le había sorprendido aquella manifestación teñida de negrura.

—Ahora no puedo detenerme —tomó aire, con la vista fija en la verja de Villa Borghese.

Se dio la vuelta y dio unos pasos hacia el parque cuando le sobrevino una nueva sensación de vacío, un vacío negro y opresor que le obligó a detenerse.

—*Credo in unam Ecclesiam* —declamó con un temblor, al tiempo que buscaba en el bolsillo de su pantalón un crucifijo de plata—. *Credo in sanctam Ecclesiam. Credo in catholicam et apostolicam Ecclesiam.*

Poco a poco, volvió a sentir el roce del sol de mayo.

—No puede ser... —murmuró entre dientes—. ¡Otra vez, no!

Un mirlo trino desde un matorral. Entonces, el cura observó su reloj de pulsera.

—¡No me queda tiempo!

Y echó a correr en dirección a la foresta.



—¡Santidad! —exclamó el secretario al abrir la puerta del despacho pontificio.

Dio unos pasos hacia el Papa, que se encontraba en el suelo. Había perdido momentáneamente el sentido y yacía junto a su escritorio.

—Una sombra... —balbució mientras aquel obispo belga le aflojaba el alzacuello—. Me ha derrumbado una sombra.



Aunque hacía dos meses que no quedaba una sola entrada, en la sección de anuncios por palabras de los diarios del sur de Francia se vendían boletos sueltos por quince veces su valor en taquilla. Las

malas lenguas aventuraban que aquellas ofertas habían sido publicadas por los propios Mensajeros del Nuevo Amanecer, cuyos adeptos también participaban en la reventa por las calles de la ciudad camarguesa los días anteriores al evento. «¡Y se las quitan de las manos!», aseguraba el testimonio de Sophie Fromentin, redactora de *L'Époque Magazine* y enviada especial a la ceremonia. «Nîmes está tomada por los enfermos, como si de una nueva Lourdes se tratara.»

El dinero de cada papeleta estaba destinado, según rezaban las vallas publicitarias de las afueras del casco histórico, a las obras de caridad de la secta en Costa de Marfil y Zaire. Pero Sophie, que había viajado repetidamente a las antiguas colonias galas, señalaba en su crónica que desconocía las actividades filantrópicas de los Mensajeros del Nuevo Amanecer.

Los cien euros de cada boleto sumaban una fortuna, si alguien se tomaba la molestia de multiplicarlos por el aforo abarrotado de los tendidos del coliseo romano, así como por las dos mil quinientas sillas dispuestas en el ruedo que, por encontrarse más cercanas al escenario en el que se movería Rakshasha, se habían cotizado a cuatrocientos euros y que fueron, por asombroso que pueda parecer, las primeras en agotarse.

Rakshasha llegaba al Sur de Francia precedido de una ola de hechos milagrosos. Eran muchos los portales de Internet —el medio de comunicación preferido por los Mensajeros del Nuevo Amanecer— que mostraban fotografías del último suceso inexplicable: en el estadio de fútbol de Salvador de Bahía, ante más de doscientos mil espectadores, el Maestro había devuelto la vista a un joven ciego y sanado de un tumor de piel a una profesora de Belo Horizonte. Aunque lo más asombroso del único encuentro que Rakshasha mantuvo en América del Sur, fue la resurrección de la niña Isabel Souza, fallecida aquella misma jornada por aplastamiento a la entrada del recinto deportivo. Una secuencia de fotografías que habían dado la vuelta al mundo, mostraba el cadáver azulado a causa del ahogo que le provocó la multitud; la reacción cargada de humanidad del Maestro ante el dolor de la madre

abrazada a la niña muerta, cuyo cadáver ocupó el centro del escenario para regocijo de los cientos de miles de espectadores; la imposición de manos de Rakshasha sobre la frente y el pecho de la criatura; su inexplicable despertar y la coloración sonrosada que poco a poco fue apoderándose de su piel, hasta regresar junto a su madre a las localidades que tenían asignadas en una de las gradas.

Aquellas instantáneas que circulaban por la Red eran el único testimonio visual de lo que sucedió en Salvador de Bahía, ya que los Mensajeros no permitían cámaras de televisión ni fotógrafos de prensa en los encuentros de Meditación y Energía presididos por el gran Rakshasha, mediador entre los hombres y el Único. Tampoco autorizaban que el público acudiese con instrumentos domésticos de filmación: las cámaras de fotos y vídeo, así como los teléfonos móviles eran requisados a la entrada de los recintos en los que tenían lugar estos singulares espectáculos de masas. Las pantallas gigantes y el circuito privado de televisión eran suficientes para que cualquier curioso pudiera comprobar que no había trampa ni cartón en los ceremoniales milagrosos del Maestro, cuya comunicación con la deidad podía alterarse con las interferencias de los terminales electrónicos.

Google registraba más de quinientas voces en las que se podían contemplar las imágenes de Brasil u otras similares —salvo la resurrección, hasta el momento un hecho singular en el historial milagroso de Rakshasha— tomadas en el estado norteamericano de Virginia, la ciudad de Monterrey, el Boca Juniors de Buenos Aires o los alrededores del Fuerte Rojo de Nueva Delhi.

Hacía unas semanas que Rakshasha había ocupado la primera página de los periódicos de medio mundo, después de mediar para que los presidentes de los países amazónicos firmaran un acuerdo de cooperación para la defensa de las selvas fronterizas, al que se unieron las empresas madereras responsables de la explotación de aquellos bosques y los líderes de los pueblos indígenas que habitan en los afluentes del gran río, para quienes el líder de los Mensajeros logró de las Naciones Unidas el privilegiado estatus de observadores.

I

JARDINES DE VILLA BORGHESE, ROMA (ITALIA)

El primer vistazo del cadáver entre los ramajes le provocó una arcada. Un dálmata, propiedad de alguno de aquellos jóvenes adinerados del Parioli, lamía los cuajarones de sangre que empastaban el cuello de la víctima.

—¡Chucho del demonio! —murmuró entre dientes apenas se repuso de la impresión.

Tomó una rama y la sacudió al aire. El perro, ante aquella amenaza, desapareció entre los brotes de tilos y avellanos.

Aquel domingo de primavera zumbaba un rumor festivo en Villa Borghese: el de los romanos que se dirigen hacia el Jardín del Lago para dar un paseo en bote, el de los niños que arañan con sus bicicletas los caminos de tierra, el de los turistas que rastrean las huellas de un Goethe viajero, el de las familias que extienden sus mantas de *picnic* sobre el verde y el de los africanos que pasan cargados de bolsos de imitación.

Con un temblor, el padre Albertino hincó las rodillas sobre la hierba.

—Concédele, Señor... —confundido ante aquella horripilante visión del cadáver decapitado dudó, por primera vez en el ejercicio de su ministerio sacerdotal, la fórmula del responso—. Concédele, Señor..., luz eterna... No. Concédele, Señor —comenzó de nuevo—, el descanso eterno, y que le alumbre la luz eterna. Amén.

Metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó el papel doblado. Lo había encontrado, a primera hora de la mañana, dentro de su confesonario. Al principio pensó que se trataba de una broma de mal gusto, pero ahora, al descubrir que se había cum-

plido la amenaza, lamentó no haber acudido más presuroso a la intersección entre las vías de la Casina y Raffaello, caminos secundarios en aquel pulmón verde de la *città*.

El padre Albertino dio un paso hacia la ensenada. El traje color crema, sucio de barro y sangre seca, le decía que se trataba de un varón, tal y como advertía el anónimo. En primavera, aquella era una vestimenta vulgar que podrían llevar miles de romanos o cientos de hombres de negocios que se encuentran de paso en cualquiera de las pensiones y hoteles a ambas orillas del Tíber.

—Si, al menos, pudiese reconocerle el rostro...

Las muñecas del cadáver no mostraban reloj ni pulsera. Tampoco las manos llevaban anillos. No había un solo signo que le relacionara con cualquiera de los feligreses a quienes el padre prestaba sus servicios sacerdotales en la parroquia de los Santos Ángeles. Por si fuera poco, le habían quemado las yemas de los dedos de la mano izquierda, volteada hacia el cielo.

«Seguro que también han borrado las huellas de la mano derecha», pensó, sin deseo alguno de comprobarlo. «Alguien pretende que no se conozca la identidad de este pobre desgraciado.»

Llegó a la conclusión de que no habrían abandonado su cabeza por allí cerca, ni siquiera en otro rincón del parque.

Se disponía a ascender la pequeña pendiente, hasta el lugar desde el que había divisado por primera vez el cuerpo, cuando se asustó con el movimiento repentino y brusco de los ramajes.

—Otra vez el dichoso perro —respiró.

El dálmata había regresado para dar nueva cuenta de su hallazgo.

—*Becco!* —llamó una voz al otro lado de la floresta —*Becco*, ven!

—No te va a gustar lo que ha descubierto tu mascota —le advirtió el padre Albertino antes de que aquel muchacho encontrara un lugar de paso entre la maraña de ramas.

—*La mia Madonna!* —se llevó la mano al pecho apenas vio al muerto a los pies del cura—. Esto es horrible... Le han cortado la... —no se atrevió a continuar.

—La cabeza, sí. Haz el favor de llamar a tu perro y átaló con la correa. Mucho me temo que le ha encontrado gusto a la sangre humana.

—*Becco*, ¡perro de mierda!

El dálmata movió alegremente el rabo mientras se limpiaba con la lengua el hocico manchado.

—Telefonaré a la policía —el padre Albertino marcó en su móvil el número de los *carabinieri* mientras el elegante joven del Parioli se apoyaba en un tronco para vomitar—. Mucho me temo que ninguno de los tres nos moveremos de aquí durante un rato.

—El único que no puede moverse es el muerto —se limpió el rastro de bilis de la barbilla— Yo no tengo nada que ver con este asunto.

—Lo siento, pero tú, yo y el perro somos los únicos testigos.

II

PARÍS (FRANCIA)

Rakshasha había escogido un horario de máxima audiencia. Ni siquiera la final del último campeonato mundial de fútbol, que enfrentó a las selecciones de Francia y Reino Unido, había despertado tanto interés. Desde semanas atrás, los periódicos hablaban de una puja entre las cadenas de televisión por conseguir la exclusiva. Se manejaban cifras con muchos ceros, por más que la página web de los Mensajeros del Nuevo Amanecer negara que la comunidad hubiese percibido un solo céntimo de 8 TV, quien al final se llevó el gato al agua y salpicó su programación, a lo largo de tres semanas, con el avance de un acontecimiento que iba a cambiar la Historia de los espacios televisivos y para el que se iba a hacer uso del satélite de Eurovisión, capaz de servir las imágenes a cadenas de todos los rincones del planeta previo pago de un altísimo canon.

Como aperitivo visual para millones de europeos, seis días antes *L'Époque Magazine* logró fotografiar en los jardines de Luxemburgo una cruz de fuego que pendía del cielo de París. Según la redactora del reportaje, Sophie Fromentin —cuyas declaraciones corroboró Thierry Lacan, autor de las instantáneas—, esa misma mañana recibieron en la redacción del semanario una llamada telefónica de Ayrton Clyde, sacerdote en grado sumo de la comunidad de los Mensajeros del Nuevo Amanecer.

—Rakshasha ha experimentado un éxtasis durante su mutación natural —fue lo primero que le comunicó.

—¿Mutación natural?... —recló la joven periodista.

—No hay tiempo para darle explicaciones —le urgió Clyde—. El Maestro ha tenido una revelación, y me ha rogado que se la transmita.

Toda Francia estaba al tanto de la gira que había emprendido Rakshasha con el fin de exhibir su poder curativo. Miles de personas, entre ellas cientos de enfermos, aguardaban el paso del santón para siquiera rozar su sombra. Los medios reflejaban el clamor popular: era imposible encontrar un solo ticket para los encuentros de Meditación y Energía que se anunciaban en las vallas publicitarias, en las que una fotografía de grandes dimensiones mostraba los inquietantes ojos de Rakshasha junto al día y la hora en la que acudiría a los anfiteatros de París, Estrasburgo, Reims, Dijon, Nantes, Lyon, Burdeos, Montpellier...

Las tertulias radiofónicas discutían sobre la oportunidad de asistir a los encuentros. Para muchos, se trataba de un iluminado que aprovechaba la superstición y desesperanza de la gente menos instruida para ganar adeptos y dinero. Para otros, negar la veracidad de los prodigios que acompañaban a Rakshasha (las líneas telefónicas de las cadenas se colapsaban con llamadas de oyentes, dispuestos a narrar su experiencia como testigos de alguna curación bajo el influjo del fundador de la comunidad de los Mensajeros del Nuevo Amanecer) era una muestra de irresponsabilidad tan grave como cerrar los ojos a la llegada de un tiempo de nueva espiritualidad. Para casi todos, la capacidad conciliadora de Rakshasha, mostrada no sólo con su mediación para salvar el pulmón verde del planeta, sino con sus labores de beneficencia a favor de las mujeres de los países pobres, era suficiente para mostrarle respeto y hasta admiración.

Sin embargo, la Conferencia Episcopal francesa, ante la magnitud que estaba alcanzando aquella gira, hizo leer una nota en todas las parroquias en la que se conminaba a los fieles cristianos no sólo a no participar, sino a persuadir a familiares, amigos, vecinos y colegas de trabajo sobre el engaño que representaba la fama curativa de aquel embaucador.

Mary Anne Blake, famosa astróloga norteamericana, impulsora del New Age en los años setenta entre los artistas de Hollywood y adepta a los Mensajeros del Nuevo Amanecer, llevaba meses calentando el triunfo de la gira mediante una exhibición gratuita por numerosos platós, en los que relataba el papel singularísimo de Rakshasha en su curación de la adicción a la cocaína. «Bastó que me acariciara la orla de su túnica», insistía una y otra vez, «para que me arrepintiese de todos los años en los que he vivido atrapada por la dependencia. Instantáneamente, sin necesidad de médicos ni tratamientos de desintoxicación, me vi liberada del poder que la droga ejercía sobre mí».

El fundador de los Mensajeros del Nuevo Amanecer enardecía a las masas al tiempo que levantaba ampollas entre los representantes de las comunidades musulmana, judía y católica, pues se arrogaba la corporalidad de la Parusía: Rakshasha era el Mesías enviado definitivamente a la tierra en el final de los tiempos. Pero aquella divinidad no se correspondía con el Dios nombrado como Alá o Yahvé. Tampoco con el Dios trinitario. Era algo más: un sincretismo de todas las representaciones divinas, ya que se refería a sí mismo como «la revelación definitiva que entronca el monoteísmo y el politeísmo de los siglos en una corporalidad nueva», la suya propia junto a las energías de paz y curación que emanaban desde su luz y su sombra.

—Usted dirá —Sophie resopló sobre el teléfono móvil.

—Escuche con atención —Ayrton Clyde parecía arrogante—. Esta noche, el Único tendrá a bien manifestar un gesto de complacencia ante la peregrinación de su hijo por suelo galo.

—¿El Único?

—Llámele Dios, si así lo prefiere.

—Y supongo que al hablar del «hijo», usted se referirá a Rakshasha.

—¿A quién si no? El Maestro ha visto cómo del cielo de París se descolgarán las estrellas.

—¿Vamos a sufrir un cataclismo? —preguntó con indolencia.

—No, todavía. Esta vez no se trata de un castigo, sino de una señal de alegría. ¿Es que no se da cuenta? —preguntó tras unos instantes de silencio—. ¡Hasta la naturaleza cósmica bendice la misericordia de Rakshasha con este pueblo pecador! Le puedo asegurar que el Maestro ha levitado esta mañana sobre la estera en la que practica su meditación, y que el rostro le brillaba, encendido por un aura interior y maravillosa —a Ayrton se le quebró la voz—. Mary Anne Blake también ha sido testigo del milagro.

«Valiente charlatana esa Blake», pensó la redactora, que había asistido en calidad de periodista a la cesión de su rancho de Storm Lake, en Virginia, Estados Unidos, a los acólitos de Rakshasha, en donde el Maestro inauguró, ante los medios de comunicación de medio mundo, el Centro Universal de la Oración y la Naturaleza, cuartel general para la difusión de sus escritos, viajes y encuentros.

—Mary se lo puede corroborar —insistió Clyde—. En todo caso, al volver en sí, el Maestro nos ha pedido que nos pusiésemos en contacto con usted.

—¿Conmigo? Pero si apenas le conozco.

—Pero él sí. Le recuerda de la inauguración de Virginia. Tenga en cuenta que Rakshasha sabe leer los corazones de los hombres.

—¿Qué quiere decir? —Sophie se mostró recelosa.

—El Maestro no alberga dudas de su objetividad como periodista. Por eso ha insistido en que le avisemos en exclusiva del fenómeno sin precedentes que se registrará esta noche en los jardines de Luxemburgo.

—¿Me habla del parque?

—En efecto. Sólo allí será perceptible a los ojos de los hombres el poder y la bondad del Único.

Para sorpresa de Sophie Fromentin y de su fotógrafo, la noche en los jardines de Luxemburgo se convirtió en un espectáculo inaudito de luz.

—Parecía como si aquella cruz de fuego pendiera de la Osa Mayor —trataba de explicar la periodista al racimo de micrófonos

que al día siguiente le aguardaba a la puerta de la redacción—. No tengo dudas de que hemos conseguido las imágenes de un milagro —y blandía un ejemplar de *L'Époque Magazine* recién salido de la imprenta.

—¿Qué piensa usted del anuncio de 8 TV? —le preguntó un colega de Canal+—. Aseguran que Rakshasha realizará un prodigio en directo ante los ojos de millones de espectadores.

La redactora no le contestó de inmediato. Recordó la voz emocionada de Ayrton Clyde al describir la transfiguración de Rakshasha cuando predijo la cruz luminosa, entremezclada con las sensaciones de pánico y esperanza que ella misma había experimentado en los jardines de Luxemburgo.

—Todo es posible para este hombre extraordinario —contestó.

III

CIUDAD DE CANTÓN (CHINA)

—He burlado a la policía del control de aduana —pronunció el occidental en un perfecto mandarín mientras se acomodaba en el taxi.

—No esté tan seguro —el conductor observó hacia todos los lados antes de tomar una curva a la derecha. La multitud que abarrotaba el mercado dificultaba el paso del automóvil—. Las autoridades tienen tantos ojos como chinos habitamos este país.

—Pero Cantón es diferente —el pasajero se arrellanó en el sillón trasero del Lada, aburujado en su abrigo azul de cachemira—. Lo he comprobado en el aeropuerto: he pasado desapercibido entre los miles de expositores y visitantes del parque ferial. ¿Quién iba a pensar que soy un obispo?

El taxista abrió todo lo que pudo sus ojos oblicuos para observar a su cliente a través del retrovisor.

—Mida sus palabras, Eminencia. No nos encontramos en Roma; recuérdelo durante su estancia entre nosotros. Nadie le garantiza que, por descubrir su auténtica personalidad a personas aparentemente honradas, no vaya a acabar con sus huesos en una comisaría.

—¿Lo dice en serio? —se tocó el ala de su sombrero gris.

—Completamente —contestó el taxista—. Si alguien denunciara su presencia en China, de nada iba a servirle ese disfraz. Y al delator le premiarían con una ducha de yuanes.

—Lo siento. Es mi falta de costumbre de no vestir sotana —atrapó con dos dedos el cuello de su camisa, que le quedaba holgada.

—Tranquilo; seguro que ha cumplido su papel a la perfección.

—El agente que me ha sellado el pasaporte apenas me interrogó: que si en qué hotel voy a alojarme, que si el motivo de mi viaje se debe a algún interés comercial... —mientras hablaba, no dejaba de observar los acabados de aquella vieja tartana—. No ha parecido darse cuenta de que este abrigo es prestado. Según las monjas de Loreto, que cuidan mi apartamento en el Vaticano, parezco un honrado padre de familia... —dibujó una sonrisa tristonera.

—Me asusta que las cosas salgan con tanta facilidad —aquel conductor de edad avanzada, con un puñado de pelos hirsutos en la comisura de los labios, no apreció el chiste del clérigo.

—No tiene por qué dudar de mí. Llevo meses preparando este viaje.

Su interlocutor bajó la ventanilla para escupir entre los dientes, y el viejo automóvil soviético se pobló con la algarabía de aquel rastro.

—¿Comen tortuga? —el viajero se quedó sorprendido ante una casquería de reptiles.

—¡Todo un manjar! Lástima que Marco Polo sólo llevara la pasta a los fogones de Italia.

—Si algún día el Papa fuese invitado a visitar este país gigante, no me cabe duda de su voluntad de probar hasta el lagarto. Todo con tal de ganar un alma para Dios; ya le conocen.

—No, no le conocemos —subrayó el taxista, tocado por una gorra de paño—. Su Santidad es un lujo habitual para todo el mundo, salvo para China.

—China, China —el europeo apretó la barbilla, inflando la papada, y simuló una carcajada—. El Papa no sueña con otro propósito. ¡China!... Tierra de mártires, como le gusta recordarnos. Esta Iglesia estuvo clavada en el corazón de los últimos Papas, especialmente de Juan Pablo II.

—San Juan Pablo —le corrigió.

—Así es.

Aquel taxista tenía por costumbre anunciar su presencia con ráfagas de bocinazos, pero los paseantes del bazar apenas le

prestaban atención, concentrados en los puestos de pescado, aves y baratijas.

—Internet es nuestra ventana al mundo —volvió a escupir. La piel se le pegaba al cráneo, ayuna de grasa, resaltándole la protuberancia de los pómulos—, aunque se trate de una ventana compartida, pues en toda la comunidad sólo disfrutamos de un puñado de monitores conectados a la Red. Desde ellos seguimos en directo los viajes del Papa, sus discursos y publicaciones, así como los decretos de canonización y el aliento que envía a quienes no tiene posibilidad de visitar.

—Internet, ¡maravilloso invento!

—Debería saber que se ha convertido en una de las herramientas predilectas del diablo.

—¿Por qué lo dice?

Otra vez le observó con ojos intrigantes a través del espejo.

—Hace meses que controlan nuestras direcciones de correo electrónico.

—*Maledeta!* —el occidental soltó un puñetazo sobre el sillón—. La Policía de este país es implacable.

—No se trata de la Policía china —le replicó—, sino de un grupo occidental, a juzgar por el idioma y las fotografías que utilizan.

—¿Fotos?

—Pretenden engañarnos con piadosos mensajes en nuestra propia lengua.

—Siga.

—Hay poco que contar. Utilizan la misma estrategia que ha acabado con la fidelidad de miles de almas en Europa y los Estados Unidos. Es difícil resistirse.

—Internet es una herramienta maravillosa.

—Me niego a creer, Eminencia, que sea usted tan ingenuo.

—No conoce de dictaduras ni opresiones...

—Esos textos que le comento, así como muchos otros, bloquean nuestras pantallas para transformarse en imágenes pornográficas, aberraciones cargadas de intencionalidad que tienen las

coordinadas necesarias para que no podamos apagarlas y para que distorsionen todos nuestros archivos.

El obispo se santiguó.

—Por los clavos de Nuestro Señor Jesucristo.

—¿Le sorprende?

—¿Cómo no va a sorprenderme? —su mirada gris se había teñido de melancolía—. Acaba de darme a conocer que el enemigo de la Iglesia se ha infiltrado también en estas latitudes. El mal no se toma descanso.

—Así es.

Un silencio se cruzó entre ambos. Los visitantes del mercado acudían a los reclamos de los vendedores, que mostraban entre los brazos un género colorido y dispar.

—A veces, desistir resulta tentador —pronunció el extranjero.

—Su comentario me ofende —giró el volante de pasta hacia la derecha.

—Déjese de susceptibilidades, amigo. El acercamiento entre Roma y las autoridades de Pekín no auspicia frutos cercanos. ¿Hasta cuándo podrán ustedes aguantar?

—Dios proveerá.

—Dios proveerá, Dios proveerá... —volvió la mirada hacia la calle—. Es una insensatez dejarlo todo en manos de la providencia.

—Llevamos así desde hace decenios, y el cielo nunca nos ha abandonado.

—La Iglesia china precisa líderes prudentes —se mostró circunspecto—, autoridades decididas a dar pasos de cambio.

—Vamos, Eminencia... —el taxista compuso un amago de sonrisa—. Si dejásemos la Iglesia china al amparo de esa gente calculadora, ya nos hubiésemos desintegrado bajo el control del Estado.

—¿A qué se refiere?

—La prosperidad nos amenaza. Hoy, en China, es fácil abortar —un comercio mostraba en el escaparate un buen número de patos desplumados—, adquirir droga, zambullirse en el comercio del sexo y hasta enriquecerse. Desde hace tiempo, mi confesionario recoge los efectos devastadores de la nueva colonización.

—¿Su confesonario? Entonces...

—Soy sacerdote, Eminencia.

—Cuando me llegó el mensaje cifrado, estaba convencido de que en el aeropuerto me recibiría un simple fiel —se echó hacia delante para hablarle al oído. No podía ocultar su sorpresa—, no un cura disfrazado.

—Y eso es lo que soy, un simple fiel que se ha buscado un empleo para sobrevivir y pasar desapercibido —el anciano taxista se rió a mandíbula batiente, plegando la cara en infinitas arrugas y mostrando al pasajero sus mandíbulas desnudas—. Como Su Santidad el Papa, yo también me reconozco siervo entre los siervos de Dios. Eminencia —se volvió en el asiento para tenderle su mano leñosa—, permítame que me presente: Peter Paul Xin Shuyong, obispo de la diócesis de Cantón.

IV

BARRIO DEL ALBAICÍN, GRANADA (ESPAÑA)

Un sol rojo, de circunferencia perfecta, teñía los neveros del Veleta. La ciudad se debatía entre la sombra que proyectaba Sierra Nevada, capaz de azulear el enjalbegado de los cármenes, y la iluminación eléctrica que cada noche prende en llamas la fachada de la Alhambra. Los turistas se arracimaban en el mirador de San Nicolás, absortos ante uno de los paisajes más bellos del planeta. Eran las ocho menos cuarto de la noche, y desde el convento de Santa Isabel la Real el repique de una campana llamaba a la oración de vísperas. Los primeros vencejos, recién llegados de África, caían en picado hacia el río, uniendo el eco de sus gritos jubilosos al volteo de la espadaña.

Por las callejas empedradas del Albaicín subía una mujer de pequeña estatura, sacristana del templo. Traía la llave de la iglesia. Las monjas ya habrían descornado el pestillo interior del portón.

No eran muchos los fieles que se sumaban al rezo de los salmos, entonados desde el coro por las religiosas con un más que discreto sentido de la música sacra. Era empeño de la madre superiora que no se descuidaran las oraciones colectivas, sobre todo en esos tiempos en los que el barrio había sido ocupado por musulmanes nacidos en el Magreb y Arabia, así como por españoles conversos al profeta Mahoma.

Las religiosas, desde su clausura, no abrigaban sentimientos de rechazo hacia las creencias de sus nuevos vecinos, a quienes no en vano les unía la constante alabanza al único Dios. Sin embargo, hacía años que la convivencia resultaba penosa. Los repobladores de aquella barriada, distinguida por la bohemia y cierta

nobleza venida a menos, habían hecho del Albaicín todo un ensayo de reconquista con el apoyo expreso de las autoridades municipales y regionales, que contemplaban con buenos ojos y hasta con la cesión de fondos públicos la transformación de aquel dédalo de cal y teja en un pretencioso ejemplo de multiculturalidad.

Algunos vecinos de la Gran Vía de Colón, calle cosmopolita a la que vierte sus cuevas el Albaicín, comenzaban a interpretar como una guerra de religión el repiquetear alegre de los conventos al tiempo que el muadín de la mezquita amplificaba, ayudado por la electrónica, cada una de las cinco llamadas al rezo que estipula la Saria.

Como cada tarde, la vieja sacristana, que apretaba fuertemente la llave del templo contra su seno, sentía sobre sí cientos de miradas escrutadoras. Tenía la sensación de que en cada murallón, sobre cada terrado, detrás de cada celosía, se asomaban unos ojos intrigantes que juzgaban su piadoso trabajo como el más repugnante de los sacrilegios. No hacía dos semanas había vuelto a recibir amenazas en su casa: una paloma blanca —símbolo del Espíritu Santo, tercera persona en la herejía trinitaria de los cristianos— desangrada entre las rejas de la ventana de su salita, el mismo envío que tintaba la fachada inmaculada del convento cada víspera de alguna fiesta del calendario litúrgico.

Abdullah Maarouf, imán de Granada, no ocultaba la participación de alguno de sus acólitos en aquellas muestras testimoniales de odio. Lo reconoció en una entrevista a *El Ideal*, el diario granadino: «Nuestra comunidad está empeñada en recuperar lo que por derecho nos pertenece, incluso en los topónimos: el barrio del Albaicín con cada una de sus mezquitas —de las que borramos toda sombra de presencia infiel— y la fortaleza de la Alhambra, cuyas piedras evocan con gritos mudos el poder y la magnificencia de nuestra cultura».

Maarouf era profesor de derecho en la Universidad de Granada desde antes de su conversión al islam, cuando firmaba sus artículos y trabajos de investigación como Ángel Lombardo. Lo suyo

no fue una caída del caballo, sino una fascinación creciente por la figura del profeta así como por la promesa —a sus ojos, ya cercana— de la vuelta del califato Andalusí, que le llevó a la apostasía de la fe en la que había sido bautizado, así como al cambio de nombre en el registro civil y a la compra de un lujoso carmen en uno de los repechos del Albaicín, en el que puso en marcha una madrasa, escuela de iniciación islámica. Interrogado por la policía en varias ocasiones por sus presuntas simpatías hacia las ramificaciones argelinas de Al Qaeda, no hacía unos meses había encabezado una manifestación de protesta en contra de la visita oficial del presidente de los Estados Unidos a la Alhambra, que se saldó con la puesta en marcha de un dispositivo policial de vigilancia con el que se sintió conminado a permanecer en su casa hasta que el líder norteamericano abandonó España.

Lucía buscó temblorosa el ojo de la cerradura. Sabía que el convento fue edificado sobre una mezquita, al igual que otras iglesias de la ciudad que, a su vez, habían sido sobrios templos cristianos antes de la conquista mora. Pero habían pasado muchos siglos desde entonces, cuando Boabdil rindió el último enclave de su imperio a los pies de los Reyes Católicos, que ordenaron sacralizar aquellos edificios y completar la decoración geométrica de sus paredes con altares profusos en imágenes de María, no sólo *la gran señora*, como aseguraba Mahoma, sino la madre de Dios. Y junto a la Virgen, una legión de santos, otro salvazo para quienes no toleran la figuración de lo celestial.

La quietud del templo disipó los miedos de la sacristana. La luz naranja del atardecer salpicaba apenas una porción del coro, en donde se oía el roce de los hábitos de las monjas que iban acomodándose en sus butacones de madera. Hizo una ligera inclinación de cabeza ante el altar mayor —la artrosis le impedía otros gestos más piadosos— y buscó detrás de la imagen de san Francisco la caja de interruptores. En ese momento se abrió el portalón: doña Paca y doña Carmen hacían acto de presencia en el templo, como en cada ocaso.

La sacristana y las hermanas Delgado se saludaron con gracejo desde la distancia. Después volvió a palpar la pared en busca de la llave eléctrica. Una pequeña presión y los dorados del retablo crearon un aura magnífica para la adoración y el recogimiento. Otro golpe de puerta. Esta vez se trataba de Tomás, viejo afilador, que desde el mismo día de su retiro había regresado a la práctica religiosa.

«Ya estamos todos», pensó la sacristana, y buscó en el bolsillo de su chaqueta otra llave más pequeña, la de la sacristía.

Subió cuatro peldaños, se apoyó con la mano derecha en el altar y garabateó una nueva genuflexión inconclusa ante el sagrario. Asió el pomo y tiró de él, porque la llave se encasquillaba. Empujó la puerta y lo que adivinó entre sombras le heló el pulso: palomas, decenas de palomas desangradas. Sobre el suelo, sobre la cómoda en la que se revestía el cura, sobre el alféizar del tragaluz, sobre la pila del agua, sobre el espejo inclinado, sobre un crucifijo...